





# DELINEANDO EL FUTURO





# DELINEANDO EL FUTURO

CONFERENCIA DICTADA POR ADOLFO NICOLÁS, S.J.,  
PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO, ABRIL 2010

Traducción: María Palomar

El contenido de esta publicación puede ser reproducido citando invariablemente la fuente completa y sin alterar la obra.

Fotografía cortesía de la Dirección de Comunicación Institucional de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México.

## PRESENTACIÓN

ADOLFO NICOLÁS, S.J., es el vigésimo noveno sucesor de San Ignacio como Prepósito General de la Compañía de Jesús. Quisiera dar algunos datos sobre él.

### CIUDADANO DEL MUNDO

Nació y creció en España. Estudió en su país, en Japón y en Roma. Ha pasado la mayor parte de su vida en la región Asia-Pacífico y ahora es líder mundial desde Roma. En seguida de sus estudios de filosofía en Alcalá, fue a Japón en donde se impregnó de su lengua y cultura. Estudió teología en Sophia University y fue ordenado en Tokio en 1967. Después hizo estudios de posgrado en teología en la Universidad Gregoriana, en Roma.

Adolfo Nicolás, S.J., es una persona con una visión del mundo que reúne lo mejor de las culturas de Asia y Occidente, y al mismo tiempo entiende y aprecia todas las culturas que están representadas en este salón y la importancia de cada una de ellas. Tiene un conocimiento profundo sobre la espiritualidad de Oriente y Occidente, y es capaz de comunicar los temas y desafíos del desarrollo económico en sociedades ricas y pobres, así como la preocupación acerca de la relación Norte-Sur.

Con sus vastos conocimientos y experiencia, Adolfo Nicolás, S.J., nos ofrecerá nuevas aproximaciones e inspirará nuevas formas de pensar y actuar para contribuir a la configuración de un mundo en proceso de globalización.

### CIUDADANO DE LA IGLESIA

Ingresa a la Compañía de Jesús en el noviciado de un pueblecito cerca de Madrid. Luego de estudiar en Roma, volvió a Japón como profesor de teología. Después tuvo distintos puestos de responsabilidad, entre ellos el de director del Instituto de Pastoral en Manila, rector de los estudios de teología de los jesuitas de Asia, provincial de Japón y superior de la Asistencia de Asia Oriental y Oceanía (actualmente Asia-Pacífico).

Como teólogo y hombre espiritual profundo e imaginativo, su labor directiva es extraordinariamente dinámica y visionaria en el servicio de la Iglesia y del Pontífice, así como del Pueblo de Dios. Por su experiencia de trabajo pastoral entre migrantes filipinos y de otros países asiáticos, llegó a su actual encargo con una especial preocupación y un amor preferencial por los pobres.

Ante un mundo cada vez más complejo y secularizado, el P. Nicolás nos ofrece enfoques y formas para responder a los desafíos del laicismo global, del nuevo ateísmo del mundo desarrollado, de la pobreza, la desigualdad y la superficialidad.

#### COMPAÑERO DE JESÚS, AMIGO DEL ESPÍRITU Y HOMBRE DE DIOS

Como participante en la XXXV Congregación General, observé cómo cada uno de los electores le saludaba y abrazaba. Podíamos sentir en aquella aula un júbilo inmenso y una sensación de paz. Alegría y serenidad son las cualidades que pone en su vida, en su papel como General y como líder y servidor excepcional.

La alegría define su presencia; una alegría que proviene de su fe profunda y perseverante en Dios y en sus hermanos. También la serenidad marca su presencia; es una paz que viene del compromiso decidido y fuerte con la justicia y que vemos en las palabras y los hechos de los antiguos profetas y de Jesús. Muchos señalan que tiene otras cualidades: cariño, sentido del humor, dinamismo, espíritu de oración, inteligencia, prudencia de juicio, compasión, imaginación y perspicacia para “leer los signos de los tiempos”.

No es difícil ver en él a un compañero de Jesús y amigo del Espíritu en el mundo –y para el mundo– del siglo XXI. Y nos desafía a vivir realmente una justicia de fe, con alegría y con paz.

Paul Locatelli, S.J.  
Secretario de Educación Superior de la Compañía de Jesús  
23 de abril de 2010



## PROFUNDIDAD, UNIVERSALIDAD Y APOSTOLADO INTELECTUAL: LOS DESAFÍOS ACTUALES DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR JESUITA.

Adolfo Nicolás, S.J.

*Prepósito General de la Compañía de Jesús*

Es una gran alegría estar hoy con ustedes en esta extraordinaria ocasión en que se hallan reunidos colegas de casi todas las cerca de doscientas instituciones de educación superior que funcionan bajo la égida de la Compañía de Jesús, para reflexionar sobre la importancia de la educación jesuita y su futuro. Me complace saludar a todos: a los colaboradores en la misión y el ministerio de la Compañía, a los jesuitas, a los amigos de la Compañía y de la educación superior jesuita, y a los alumnos que estén por aquí. Agradezco al P. José Morales, rector de la UIA, y a su personal, su hospitalidad y su extraordinario esfuerzo para organizar este foro. Por último, gracias a todos ustedes por colaborar con la educación jesuita y por su participación en estas reuniones, que para algunos comenzó desde antes de venir aquí, con la redacción de excelentes ponencias que han servido para estimular nuestra discusión.

Para facilitar las cosas, hablaré de “universidades” al referirme a la vasta gama de instituciones de educación superior representadas en esta asamblea, que van desde centros de investigación especializada hasta institutos técnicos, escuelas profesionales y grandes y complejas universidades.

Durante los últimos dos años, en mi actual encargo, he viajado a muchos lugares del mundo para encontrarme con jesuitas y con nuestros colaboradores, y siempre he puesto énfasis en que me interesa tanto –bueno, me interesa incluso más– oír y aprender que perorar desde las alturas míticas de *Borgo Santo Spirito* 4. Con el mismo espíritu dialógico vengo a este encuentro de educación superior jesuita. Ayer, escuchando la discusión que tuvieron ustedes acerca de los desafíos regionales y de los tres retos de frontera que eligieron

¿Cómo nos desafía este nuevo contexto a re-direccionar la misión de la educación superior jesuita?

abordar, pude darme cuenta de que ya están lidiando con muchos de los “graves problemas contemporáneos” que el Papa Juan Pablo II identificó para nosotros en su constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, y que lo están haciendo con la profundidad de pensamiento, la pasión moral y la convicción espiritual que caracterizan a la educación católica y jesuita en su mejor expresión.

Así pues, lo que quiero compartir con ustedes esta mañana deberá ser tomado como la aportación de mi perspectiva a lo que, espero, será una conversación permanente y cada vez más profunda acerca del futuro de la educación superior jesuita. Mi experiencia personal es que los universitarios, en particular los rectores, no se amilanan al expresar sus puntos de vista, ¡así que estoy seguro de que, al seguir abordando temas importantes, su conversación será, cuando menos, enjundiosa e incisiva.

El tema de nuestra conferencia, “Construir redes de educación superior jesuita para un mundo más humano, sustentable y justo”, conlleva una propuesta atrevida. Sugiere que tenemos hoy en día **una oportunidad extraordinaria para contribuir a configurar el futuro no sólo de nuestras instituciones, sino del mundo, y la forma en que podemos hacerlo es a través de la creación de redes. Ese concepto de crear redes, tan frecuentemente usado en nuestros días, es, en realidad, típico del “nuevo mundo” en que vivimos: un mundo que tiene como rasgo esencial lo que el Papa Benedicto XVI ha descrito como “el estallido de la interdependencia planetaria, ya comúnmente llamada globalización”.**<sup>1</sup>

La Congregación General XXXV también consideró que la interconexión es el nuevo contexto para interpretar el mundo y discernir nuestra misión. Me doy cuenta de que el término “globalización” implica significados distintos y suscita reacciones diferentes entre gente de diversas culturas. Mucho se han discutido tanto los rasgos positivos como los efectos negativos de la globalización, y no he de repasarlos aquí. Más bien, a lo que quiero invitarlos es a reflexionar juntos sobre lo siguiente: ¿cómo es que ese nuevo contexto nos plantea el desafío de redireccionar, en cierto sentido, la misión de la educación superior jesuita?

---

<sup>1</sup> *Caritas in Veritate*, n. 33.

Representan ustedes a muy diversas instituciones de todas partes del mundo que atienden a estudiantes, regiones y países con culturas, religiones y recursos diferentísimos y que tienen que desempeñar papeles específicamente regionales y locales. Evidentemente, el asunto del desafío de la globalización para la misión de la educación superior jesuita debe ser respondido por cada institución en sus particulares circunstancias sociales, culturales y religiosas. Pero quiero recalcar que también es un tema que requiere de una respuesta común y universal –derivada por supuesto de las perspectivas culturales diversas de todos ustedes–, de la educación superior jesuita en su conjunto, como sector apostólico.

¿Cómo es entonces que este nuevo contexto de la globalización, con las fantásticas posibilidades y los graves problemas que ha traído a nuestro mundo, plantea un desafío para redefinir, o por lo menos redireccionar, la misión de la educación superior jesuita? Me gustaría invitarlos a considerar tres retos distintos, pero relacionados entre sí, que plantea esta nueva “explosión de interdependencia” a nuestra misión común. Primero, fomentar la profundidad del pensamiento y la imaginación. Segundo, redescubrir y llevar a la práctica nuestra “universalidad” en el sector de la educación superior jesuita. Tercero, renovar el compromiso jesuita con el apostolado intelectual.

#### MÁS Y MENOS

Para ilustrar las ventajas, así como los peligros de la tecnología en la educación, el P. Nicolás contó una anécdota de mediados de la década de 1990, cuando era Provincial en Japón. Un par de profesores jesuitas de Sophia University le dijeron: “¡Internet es una cosa magnífica! Te da muchísima información fácil y rápidamente”. Pero ambos añadieron: “aunque he de confesar que ahora leo menos, pienso menos y paso menos tiempo reflexionando sobre qué debo hacer”. Si eso dicen los catedráticos, ¿qué podremos pensar de los alumnos?

### I. FOMENTAR LA PROFUNDIDAD DEL PENSAMIENTO Y LA IMAGINACIÓN

Comenzaré muy directamente con algo que veo como un efecto negativo de la globalización y que llamaré la globalización de la superficialidad.

“La gente pierde la capacidad de lidiar con la realidad; hay un proceso de deshumanización que quizá sea paulatino y silencioso, pero que es muy real”.

Tal parece que soy el primer General de la Compañía que usa el correo electrónico y navega por Internet, así que lo que diga no podrá ser interpretado como desprecio de las tecnologías de la información y la comunicación y sus muchas aportaciones y positivas posibilidades. Sin embargo, creo que todos ustedes han experimentado lo que llamo la globalización de la superficialidad, y cómo afecta tan profundamente a los miles de jóvenes que tenemos a nuestro cargo en las universidades. Cuando se tiene acceso tan rápido a tanta información y con tan poco esfuerzo, cuando se puede expresar y publicar la opinión personal en forma tan inmediata e irreflexiva en el blog personal o en los microblogs, cuando el último editorial de *New York Times* o *El País*, o el último vídeo “viral” pueden circular con tanta rapidez entre gente que está al otro lado del mundo y configurar sus percepciones y sentimientos, suele eliminarse el difícil y minucioso esfuerzo del pensamiento crítico.

“¿QUÉ TAL SI NOS VEMOS?”

“Seguro que ustedes saben de casos como los que conozco”, señaló el P. Nicolás, “de jóvenes que se conectan vía celular y hacen amigos de ese modo; tienen distintos amigos así: nunca se encuentran, siempre hablan por teléfono. De repente un buen día uno de ellos considera que ya se conocen suficientemente y sugiere un encuentro cara a cara. En ese instante, el otro suspende el contacto. Porque encontrarse trae problemas. Por lo tanto mantenemos las relaciones en un nivel superficial. Es una falla muy grave en nuestras relaciones modernas”.

Se puede “cortar y pegar” sin necesidad de pensar críticamente, ni de escribir con precisión, ni de elaborar con esmero conclusiones personales. Cuando las bellas imágenes de los mercaderes de bienes de consumo inundan nuestra pantalla, o cuando podemos ahogar el estrépito terrible o desagradable del mundo con la música de nuestro MP3, nuestra visión, nuestra percepción de la realidad y nuestros anhelos, también pueden quedarse en la superficie. Cuando simples conocidos o totales desconocidos pueden hacerse “amigos” con tanta rapidez y sin ningún requisito en las redes sociales, y cuando con

tanta facilidad se puede terminar la relación con otros sin tomarse la molestia de buscar un encuentro o, incluso, una confrontación y una reconciliación... entonces las relaciones también se vuelven superficiales.

Abrumados por la alucinante variedad de opciones, de valores, de creencias y de visiones del mundo, muy fácilmente caemos en la cómoda superficialidad del relativismo o de la mera tolerancia de los otros y sus opiniones, en lugar de comprometernos con el arduo trabajo de formar comunidades de diálogo en busca de la verdad y el entendimiento. Es más fácil hacer lo que nos dicen que estudiar, rezar, arriesgarnos o discernir una opción. Creo que los retos que plantea a la educación superior jesuita la globalización de la superficialidad (superficialidad de pensamiento, de visión, de sueños, de relaciones, de convicciones) exigen un análisis, una reflexión y un discernimiento mucho más profundos de lo que nos permite hoy el poco tiempo de esta reunión. Lo que aquí busco subrayar es mi preocupación de que las nuevas tecnologías, junto con algunos de sus valores subyacentes, como el relativismo moral y el consumismo, estén configurando el mundo interno de muchísimas personas, en particular de los jóvenes a quienes educamos, limitando la plenitud de su florecimiento como humanos y limitando sus respuestas a un mundo urgido de sanación intelectual, moral y espiritual.

Tenemos que entender con mayor profundidad e inteligencia este nuevo y complejo mundo interno creado por la globalización, de manera que podamos responder más adecuada y decididamente como educadores para contrarrestar los deletéreos efectos de tal superficialidad.

Y es que un mundo donde reina la superficialidad globalizada del pensamiento significa un mundo regido por el fundamentalismo, el fanatismo, las ideologías y todas esas huidas del pensamiento que

#### CREER EN ALGO

Cuenta el P. Nicolás: “un profesor de filosofía en los Estados Unidos me dijo que entre sus alumnos prefiere que haya un comunista convencido, un ateo convencido o un musulmán convencido que alguien sin convicciones para quien todo da lo mismo, porque es incapaz de aprender filosofía. No tiene nada que proteger, nada que aportar a la discusión, nada que lo ponga en situación de aprender. Todo es igualmente irrelevante”.

causan el sufrimiento de tantos. Una percepción banal y egocéntrica de la realidad hace casi imposible la compasión por el otro; contentarnos con satisfacer los deseos inmediatos o dejar que la pereza nos impida enfrentar las solicitudes que compiten por nuestras lealtades profundas desemboca en que seamos incapaces de comprometer nuestra vida con lo que realmente vale la pena. Estoy convencido que este tipo de procesos resultan en la clase de deshumanización que ya comenzamos a experimentar. La gente pierde la capacidad de lidiar con la realidad; hay un proceso de deshumanización que quizá sea paulatino y silencioso, pero que es muy real. La gente va perdiendo su morada mental, su cultura, sus puntos de referencia.

La globalización de la superficialidad plantea un desafío para que la educación superior jesuita promueva en nuevas formas creativas la profundidad de pensamiento y de imaginación, rasgo distintivo de la tradición ignaciana.

No me cabe duda de que todas nuestras universidades se caracterizan por su empeño en la excelencia de la enseñanza, el aprendizaje y la investigación. Quiero poner esto en el contexto de la “profundidad de pensamiento e imaginación” de la tradición ignaciana. Esto significa que tratamos de llevar a nuestros alumnos más allá de la excelencia en la educación profesional para que se conviertan en gente bien formada, en “personas enteras de solidaridad”, como decía el Padre Kolvenbach.<sup>2</sup> Quizá lo que quiero decir se explique mejor si reflexionamos un poco sobre la “pedagogía” de la contemplación de los misterios de la vida de Jesús en los Ejercicios Espirituales, una pedagogía que luego Ignacio aplicará a la educación jesuita.

Podemos decir que esta “pedagogía” de la contemplación ignaciana es un ejercicio de la imaginación creativa. La imaginación funciona de la mano de la memoria, como sabemos por los Ejercicios. Un término relacionado con los actos de la potencia de la memoria, la remembranza, viene aquí muy al cuento. Imagínense que cada uno de nosotros ve enfrente de sí un gran rompecabezas que tiene en medio el rostro de cada quien. Bueno, pues Ignacio nos pide que lo rompamos en pedacitos; es decir, que lo *desmem-*

---

<sup>2</sup> R.P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J., “*The Service of Faith and the Promotion of Justice in American Jesuit Higher Education*,” conferencia en *Santa Clara University*, 6 de octubre de 2000. Véase también Kolvenbach, “*The Jesuit University in the Light of the Ignatian Charism*,” conferencia inédita en la Reunión Internacional de Educación Superior Jesuita, Roma, 27 de mayo de 2001.

bremos antes de poder *rememorar*. Por eso Ignacio separa el ver del oír, del tocar, del gustar, del oler, etcétera. Comenzamos a *rememorar* (a través de la imaginación activa, creativa), a reconstruirnos, al reconstruir las escenas de Belén, las escenas de Galilea, las escenas de Jerusalén. Comenzamos el proceso de *recrear*. Y en ese proceso estamos *rememorando*. Es un ejercicio. Al final del proceso, cuando el rompecabezas queda armado otra vez, el rostro ya no es el nuestro sino el de Cristo, porque hemos reconstruido algo distinto, algo nuevo. Este proceso resulta en nuestra transformación personal al haber encontrado la realidad más profunda del amor de Dios en Cristo.

La imaginación ignaciana es un proceso creativo que va a lo profundo de la realidad y comienza a crearla de nuevo. La contemplación ignaciana es una herramienta muy potente, y constituye un desplazamiento del lado izquierdo al lado derecho del cerebro. Pero es indispensable entender que la imaginación no es lo mismo que la fantasía. La fantasía es una fuga de la realidad hacia un mundo donde creamos imágenes sólo por el gusto de crear muchas imágenes. La imaginación capta la realidad. En otras palabras, la profundidad de pensamiento e imaginación en la tradición ignaciana implica un profundo compromiso con lo real, un rechazo a desistir antes de llegar al fondo. Se trata de un análisis meticuloso (desmembrar) para finalmente integrar (rememorar) alrededor de lo más profundo que hay: Dios, Cristo, el Evangelio. Así pues, el punto de partida será siempre lo real: lo que se piensa que está ahí físicamente, en forma concreta; el mundo tal cual lo hallamos; el mundo de los sentidos, tan vívidamente descrito en los Evangelios mismos, un mundo de sufrimiento y carencia, un mundo roto con mucha gente destrozada que necesita curarse. De ahí partimos. No esquivamos eso. Y entonces Ignacio nos guía, a nosotros y a los alumnos de las instituciones jesuitas, como guiaba a sus ejercitantes, para meternos en las profundidades de esa realidad. Más allá de lo que podemos percibir con mayor inmediatez, nos lleva a la presencia y la acción ocultas de Dios en lo que se ve, se toca, se huele, se siente. Y ese encuentro con *lo que es* cambia a la persona.

**“La profundidad de pensamiento e imaginación en la tradición ignaciana implica un profundo compromiso con lo real”.**

El Ministerio de Educación de Japón hizo un estudio en el que se concluía que la educación japonesa moderna había logrado grandes avances en ciencia y tecnología, matemáticas y trabajo de la memoria. Pero evaluando sin tapujos el sistema educativo vieron que éste se había debilitado en términos de imaginación de la enseñanza, creatividad y análisis crítico. Éstos, curiosamente, son tres puntos esenciales de la educación jesuita.

La creatividad quizá sea uno de los elementos que más se necesitan hoy en día: una creatividad auténtica, no simplemente seguir consignas ni repetir lo que oímos o lo que vimos en Wikipedia. La creatividad auténtica es un proceso activo, dinámico, en busca de respuestas a interrogantes reales, de alternativas para un mundo desdichado que parece disiparse sin control en distintas direcciones.

Cuando fui profesor de teología en Japón me pareció importante empezar por la teología pastoral –la experiencia básica– porque no se puede pedir a gente que se crió y se educó en una tradición distinta que comience por la teología especulativa. Pero al abordar la teología pastoral me intrigaba especialmente el asunto de la creatividad: ¿qué es lo que hace que un pastor sea creativo?, me preguntaba. Llegué a la conclusión de que muy a menudo creemos que hay dilemas donde no los hay. De vez en cuando nos enfrentamos a un verdadero dilema: no sabemos qué elegir, y escogamos lo que escogamos, nos equivocaremos. Pero esas situaciones son rarísimas. En general, las situaciones nos parecen dilemas porque no queremos pensar creativamente y nos damos por vencidos. Casi siempre hay una salida, pero implica un esfuerzo de la imaginación. Exige la capacidad de considerar otros modelos, otros esquemas.

Al estudiar este asunto, me encontré con un concepto desarrollado por psicólogos que resulta particularmente útil: la “conciencia flotante”. Los psicólogos estudiaron a Sigmund Freud, Erich Fromm y otros de distintas escuelas, para desarrollar lo que llamaron la conciencia flotante. Cuando los psicólogos ven a un paciente y le dan un diagnóstico, deben elegir entre distintos métodos para ayudarlo y escoger el proceso que más le pueda servir. Creo que eso es justamente lo que debe hacer un padre espiritual. Y ojalá tuviéramos esa conciencia flotante al celebrar la liturgia: la capacidad de ver a la comunidad y de captar lo que necesita en ese momento. También es un concepto muy útil en materia de educación.



Se me ocurre que en la Compañía tenemos problemas con la formación porque quizá nuestra conciencia flotante no está bien desarrollada. Durante unos veinte años más o menos hemos estado recibiendo en la Compañía vocaciones que provienen de grupos que antes no teníamos: *dalits* de la India y otras comunidades marginales. Los hemos recibido con júbilo porque nos hemos acercado a los pobres y los pobres se nos han unido. Es una forma estupenda de diálogo.

Pero también nos hemos sentido un poco torpes: ¿cómo formar a esa gente? Consideramos que no tienen bases educativas suficientes, así que les damos uno o dos años suplementarios de estudios. Y no creo que ésa sea la respuesta más adecuada. La respuesta adecuada es preguntarnos: ¿de dónde vienen?, ¿cuál es su entorno cultural?, ¿qué tipo de percepción de la realidad nos traen?, ¿cómo entienden las relaciones humanas? Debemos acompañarlos de una forma distinta. Pero para ello requerimos de una imaginación y una creatividad tremendas: una apertura a otras formas de ser, de sentir, de relacionarse.

Admito que la dictadura del relativismo no es buena. Pero muchas cosas sí son relativas. Si hay algo que aprendí en Japón es que la persona humana es un misterio tal que nunca podemos captarla por completo. Para ayudarle, debemos movernos con agilidad, con apertura, alrededor de distintos modelos. Considero que éste es un desafío de primera importancia para la educación.

Nuestras universidades educan actualmente a una población que no sólo es diversa entre sí, sino que es completamente distinta de las generaciones anteriores. Con el cambio generacional y cultural, la mentalidad, las interrogantes y las preocupaciones son diferentísimas. Así que no podemos ofrecer un único modelo de educación.

Como dije, el punto de partida siempre será lo real. Dentro de esa realidad buscamos el cambio y la transformación, pues es lo que Ignacio quería del ejercitante y lo que quería de la educación, del ministerio: que los ejercitantes y todos pudieran transformarse.

De la misma manera, la educación jesuita debería cambiarnos a nosotros y a nuestros alumnos. Los educadores estamos en un proceso de cambio. No hay ningún encuentro profundo, auténtico, que no nos cambie. ¿Qué tipo de encuentro tenemos con nuestros alumnos si no salimos

cambiados? “Lo que lleguen a ser nuestros alumnos”, lo que valoren y lo que hagan luego en su vida y en su trabajo, marcará el sentido del cambio para nuestras instituciones. Para decirlo de otro modo, en la educación jesuita la profundidad del pensamiento y la imaginación abarcan e integran el rigor intelectual con la reflexión sobre la experiencia de la realidad junto con la imaginación creativa para trabajar en la construcción de un mundo más humano, justo, sustentable y lleno de fe. La experiencia de la realidad incluye al mundo roto, en particular el mundo de los pobres, de los que esperan ser sanados. Con esa profundidad podemos también caer en cuenta de que Dios está ya actuando en nuestro mundo.

Veán con la imaginación a los miles de graduados que salen de nuestras universidades jesuitas cada año. ¿Cuántos de esos egresados salen teniendo a la vez una formación profesional y la experiencia de que, en alguna forma en su tiempo con nosotros, lograron una profundidad de compromiso con la realidad que los transformó en su núcleo más hondo? ¿Qué más necesitamos hacer para garantizar que no sólo estemos poblando el mundo de seres superficiales, por brillantes y expertos que sean?

## II. REDESCUBRIR LA UNIVERSALIDAD

Quisiera ahora abordar el segundo desafío que plantea el nuevo mundo globalizado a la educación superior jesuita. Uno de los aspectos más positivos de la globalización es que, en la práctica, ha hecho posible la comunicación y la cooperación con una facilidad y a una escala que incluso hace diez años eran inimaginables. El Santo Padre, en su alocución a la Congregación General XXXV, describió nuestro mundo como el “de comunicación más intensa entre los pueblos, de nuevas posibilidades para el encuentro y el diálogo, de un profundo anhelo de paz”. Así como la globalización desdibuja las fronteras tradicionales, así nuestra comprensión limitada de la identidad, la pertenencia y la responsabilidad se ha visto redefinida y ensanchada. Ahora más que nunca vemos que, con toda nuestra diversidad, somos realmente una sola humanidad que enfrenta retos y problemas comunes y que, como se afirmó en la Congregación General XXXV, “tenemos una responsabilidad común del bienestar del mundo entero y su desarrollo de una manera sostenible y generadora de vida”.<sup>3</sup> Y las realidades positi-

<sup>3</sup> C. G. XXXV, Decreto 2, n. 20.

vas de la globalización nos traen, junto con este sentido de pertenencia y responsabilidad compartidas, numerosos medios para trabajar juntos si somos lo suficientemente valientes y creativos para usarlos.

En el actual mundo universitario sé que muchos de ustedes experimentan ese resquebrajamiento de las fronteras tradicionales a través de la demanda contemporánea de internacionalización para que las instituciones sean reconocidas como universidades de excelencia, y con toda razón. Ya muchos de ustedes han abierto con éxito campus foráneos o en el extranjero, o forman parte de programas de hermanamiento o intercambio que permiten a sus alumnos o profesores estudiar o trabajar en otro país, sumergirse en otras culturas y apreciarlas, y aprender de otra gente y con otra gente de distintas culturas.

Cuando viajo, seguido me preguntan por qué ha bajado el número de jesuitas trabajando de tiempo completo en centros o apostolados sociales. Somos muchos menos que antes, es cierto. Pero también en nuestras escuelas tenemos menos jesuitas. Y sin embargo, al mismo tiempo, en nuestras universidades y escuelas tenemos muchos más programas de relevancia social que antes. Cuando estuve en California el año pasado (mi primera visita a los Estados Unidos) me sentí muy animado al ver que en cada una de nuestras escuelas hay un programa de extensión, un ensanchamiento de horizontes: llevar a los alumnos a otros países, a otros continentes, para aguzar su conciencia y su preocupación por los demás.

## EJERCITAR LA IMAGINACIÓN

¿Por qué como educadores debemos valorar a los clásicos?, pregunta el P. Nicolás. “En un estudio sobre educación, una referencia a San Ignacio señala que favorecería la educación clásica porque los clásicos ejercitan la imaginación”, dice. “Por supuesto que lo que se consideraba clásico en el siglo XVI puede parecernos algo remoto hoy en día. Pero el desafío sigue existiendo. Si los clásicos ejercitan la imaginación, los necesitamos. Quizá nuestra pregunta es dónde buscar actualmente a los clásicos. ¿Siguen siendo los latinos y los griegos? ¿Podríamos incluir a China, Japón, la India? ¿A los pueblos originarios de distintas partes del mundo: África, Hispanoamérica y otros? Lo que necesitamos es abrir todos los registros de la mente humana. Eso es lo que los clásicos nos dieron en el pasado y es algo que tenemos que seguir buscando”.

También ustedes han podido recibir en sus universidades más alumnos extranjeros, y todos esos encuentros y experiencias interculturales sin duda enriquecen la calidad académica y el aprendizaje en sus instituciones y les ayudan a iluminar su propia identidad y su misión como universidades católicas jesuitas. La internacionalización está contribuyendo a que sus universidades sean mejores.

Sin embargo, no es de esto de lo que quiero hablar ahora. Lo que quiero subrayar surge de sus discusiones de ayer. Desglosaré mi argumento en tres partes.

Primero, estoy seguro de que todos coincidirán con el Papa Juan Pablo II cuando escribe en *Ex Corde Ecclesiae* que, además de lograr una enseñanza y una investigación de calidad, toda universidad católica también está llamada a ser un instrumento eficaz y responsable de progreso tanto para el individuo como para la sociedad.<sup>4</sup> Según Ignacio, todo ministerio es crecimiento, transformación. No estamos hablando de progreso en términos materiales, sino de un progreso que supone que la persona pasa por distintas experiencias, aprendiendo y creciendo en cada una de ellas. Sé que, de diversos modos, cada universidad jesuita lucha por convertirse en lo que Ignacio Ellacuría, el jesuita rector de la Universidad Centroamericana Simeón Cañas, martirizado hace veinte años, llamaba “un proyecto social”. La universidad se convierte en proyecto social. Cada institución aquí representada, con su riqueza de inteligencia, conocimiento, talento, visión y energía, movida por su compromiso con el servicio de la fe y la promoción de la justicia, busca insertarse en una sociedad no solamente para formar profesionales, sino para transformarse en fuerza cultural que difunda y promueva la verdad, la virtud, el desarrollo y la paz en esa sociedad. Podríamos decir que cada universidad está comprometida con la *Caritas in Veritate*, con la promoción del amor y la verdad, la verdad que se muestra en la justicia, en nuevas relaciones, etcétera. Nos estaríamos aquí el día entero si tuviera que mencionar todo lo que hacen ustedes por sus regiones o países, todos los programas e iniciativas de educación pública, salud, vivienda, derechos humanos, paz y reconciliación, protección ambiental, microfinanzas, respuesta a desastres, gobernanza, diálogo interreligioso y demás temas.

---

<sup>4</sup> *Ex Corde Ecclesiae*, n. 32.

Segundo: sin embargo, hasta ahora, en términos generales lo que vemos es que cada universidad, cada institución, funciona por sí sola como proyecto social, o en el mejor de los casos dentro de una red nacional o regional. Y esto, creo yo, no aprovecha cabalmente lo que ofrece nuestro nuevo mundo globalizado como posibilidad de mayor servicio. La gente habla de la universidad jesuita o del sistema jesuita de educación superior. Reconocen el “aire de familia” entre Comillas, en Madrid, y Sanatadharma, en Jogjakarta; entre la Javieriana de Bogotá y el Loyola College de Chennai, entre St. Peter’s de Jersey City y St. Joseph de Beirut. Pero en los hechos lo único que hay es un elemento común de inspiración ignaciana más que una “red de universidades jesuitas” consistente: cada una de nuestras instituciones funciona de manera relativamente autónoma respecto de las otras, y el resultado es que el impacto de cada una como proyecto social es limitado. La Congregación General XXXV observó que “en este contexto global, es importante resaltar el extraordinario potencial que representa nuestro carácter de cuerpo internacional y multicultural”.<sup>5</sup> Me parece que hasta ahora no hemos utilizado cabalmente este “extraordinario potencial” para el servicio “universal” como instituciones de educación superior. Creo que éste es precisamente el meollo de muchas de sus intervenciones y sus preocupaciones aquí.

Y eso me lleva a mi tercer y principal punto: ¿no podremos ir más allá de las relaciones familiares laxas que tenemos ahora como instituciones para reimaginarnos y reorganizarnos de forma que, en este mundo globalizado, podamos realizar con mayor eficacia la universalidad que siempre fue parte de la visión de Ignacio sobre la Compañía? ¿No será el momento de actuar así? No cabe duda que las palabras usadas por la Congregación General XXXV para describir a la Compañía de Jesús en su conjunto valen también para las universidades jesuitas de todo el mundo:

El nuevo contexto de globalización requiere de nosotros actuar como un cuerpo universal con una misión universal, constatando, al mismo tiempo, la radical diversidad de nuestras situaciones. Buscamos servir a los demás en todo el mundo, como una comu-

---

<sup>5</sup> C. G. XXXV, Decreto 3, n. 43.

nidad de dimensiones mundiales y, simultáneamente, como una red de comunidades locales.<sup>6</sup>

Para ser concreto: si bien existen entre las universidades jesuitas organizaciones para cooperar en su misión, creo que el desafío radica en ampliarlas y en construir redes más universales, más eficaces de educación superior jesuita. Si cada universidad trabajando sola como proyecto social es capaz de lograr tanto bien para la sociedad, ¿cuánto más podríamos hacer crecer los alcances de nuestro servicio al mundo si todas las instituciones de educación superior jesuita se convirtieran en, diríamos, un solo proyecto social global? Esto ya significa que va creciendo la conciencia que tenemos ustedes y nosotros. Antes de venir aquí me reuní en Roma con los provinciales de África; también estaban de paso algunos otros

#### ESPIRITUALIDAD Y TRANSFORMACIÓN

Reflexionando sobre distintas formas de entender la espiritualidad, el P. Nicolás señala: “es interesante ver que en todo lo que llamamos espiritualidad oriental, en el cercano Oriente, la espiritualidad es toda transformación. Es divinización y es algo que no sólo concierne a los religiosos, sino a la comunidad entera. Es por eso que a veces dicen, sin entender bien a la Iglesia latina, que no tienen religiosos y que no los necesitan, porque la espiritualidad del Evangelio es para todos. Tienen razón en eso. La cuestión es que podríamos sentarnos a hablar un poco más sobre otros aspectos...”

provinciales de Latinoamérica. Un par de ellos me dijeron: “ya que va a México para esa reunión, ¿podría decirles a los rectores y a las universidades que compartan los recursos que tienen? Para nosotros, que apenas tenemos instituciones incipientes, si pudiéramos tener acceso a las bibliotecas y los recursos que se ofrecen en universidades con tradición y *know-how* y recursos que no podemos costear, sería una ayuda muy, muy grande”.

Como saben, la Compañía de Jesús está en vías de pasar de tener un Instituto Histórico en Roma a abrir sucursales o pequeños institutos históricos en todo el mundo. Espero que esas sucursales puedan actuar en red, pues estamos en el

<sup>6</sup> C. G. XXXV, Decreto 2, n. 20.

momento en que cada cultura, cada grupo puede tener su propia voz sobre su propia historia, sin que los europeos les estén interpretando la historia a todos. En Roma vamos a trabajar en nuestros propios archivos copiando, digitalizando, haciendo lo necesario para compartir todo con los otros centros. De la misma manera, sería de grandísima utilidad si las universidades que cuentan con extraordinarios recursos en materiales, bibliotecas, etc., pudieran abrirlos a universidades que no podrán tener una biblioteca ni en diez años.

La presencia de ustedes en esta reunión indica su apertura a una dimensión más universal en su vida y su servicio como universidades. Mi esperanza es, sin embargo, que podamos avanzar de las conferencias y discusiones, como las que tuvimos ayer, al establecimiento de consorcios operativos entre nuestras universidades, dirigidos a responder juntos a algunos de los “desafíos de frontera” de nuestro mundo que tienen un carácter supranacional o supracontinental. Los tres grupos de discusión en que ustedes participaron ayer podrían servir como comienzo de tres de esos consorcios.

Primero, un consorcio para enfrentar creativamente el desafío del surgimiento de “nuevos ateísmos” agresivos. En Europa no utilizan este término; dicen “nuevo laicismo agresivo”, y es muy anticatólico. Curiosamente, Japón ha sido laico desde hace 300 o 400 años, con una separación total entre la Iglesia y el Estado, pero tienen un laicismo que es pacífico y respeta las religiones. En Europa he encontrado un laicismo muy agresivo, no pacífico. El laicismo sin paz tiene que ser anti-algo o contra alguien. ¿Por qué hemos llegado hasta ahí? Lo vemos especialmente en países que han sido mayoritariamente católicos: España, Italia, Irlanda. Ahí, el laicismo va contra la presencia histórica de una Iglesia que fue muy poderosa e influyente. Pero estos nuevos ateísmos no se limitan al Norte y el Occidente industrializados, sino que afectan a otras culturas y fomentan una hostilidad más generalizada contra la religión, a menudo basada en falsas dicotomías que se establecen entre ciencia y religión.

En segundo lugar vendría un consorcio enfocado a la búsqueda de análisis más certeros y soluciones más eficaces y duraderas para la pobreza, la desigualdad y otras formas de injusticia en el mundo. Una pregunta que surge una y otra vez en mis viajes es: ¿cuáles son los desafíos de la Compañía? La única respuesta es: los desafíos del mundo. No hay otros. El desafío

es la búsqueda de sentido: ¿vale la pena la vida? Y los desafíos de la pobreza, la muerte, el sufrimiento, la violencia y la guerra. Ésos son nuestros desafíos. ¿Y qué podemos hacer?

Y en tercer lugar estaría un consorcio enfocado en nuestra común preocupación por la degradación ambiental global, que afecta más directa y dolorosamente la vida de los pobres, con el objetivo de permitir que nuestro mundo tenga un futuro más sustentable. Este tercer consorcio podría ampliar aún más la red ecológica que ya existe y que actualmente está bajo la dirección del Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia Generalicia. Hemos sido bendecidos con un secretario muy imaginativo y dinámico, que está aquí. Y ahora estamos desarrollando una sección sobre justicia social y ecología. Así que ése sería también un punto de referencia en esa creación de redes.

Permítanme cerrar esta sección recordándoles que las universidades como tales llegaron en fecha muy tardía a la visión de Ignacio sobre cómo debía la Compañía cumplir su misión en la Iglesia. Lo notable es que, en las *Constituciones*, Ignacio deja claro por qué se convenció de aceptar lo que llama “las universidades de la Compañía”: la Compañía de Jesús accede a “tomar *assumpto* de Universidades” para que el “fructo” de “la edificación en doctrina y vida... se estienda más universalmente”.<sup>7</sup> El bien más universal es lo que empuja a Ignacio a asumir la responsabilidad de las universidades. Así que, con todos los medios que hace posible la globalización, sin duda que unas redes más eficaces del tipo que he planteado nos permitirán extender más universalmente los beneficios de la educación superior jesuita en el mundo de hoy.

### III. EL APOSTOLADO INTELECTUAL

En cierto sentido, lo que hasta ahora he venido describiendo como desafíos para la educación superior jesuita en este mundo globalizado corresponde a dos de las tres funciones clásicas de la universidad. Dado que la universidad es lugar de educación, he subrayado la necesidad de promover la profundidad de pensamiento e imaginación. Dado que la universidad es centro de servicio, los he invitado a avanzar con decisión hacia redes in-

---

<sup>7</sup> *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Parte IV, C. XI (440).



ternacionales centradas en grandes preocupaciones supranacionales. Nos queda la función de la investigación, la búsqueda genuina de la verdad y del saber (lo que con frecuencia se denomina en la actualidad “la producción de conocimiento”), un tema que, en el mundo universitario de hoy, ha generado gran debate acerca de asuntos como las formas de la investigación y de su comunicación, los centros de producción de conocimiento, las áreas de estudio y el propósito de la investigación. Estoy seguro que coincidirán en que, si somos fieles a nuestra herencia ignaciana, la investigación en nuestras universidades debe ser siempre concebida a final de cuentas en términos de lo que la Congregación General XXXIV llamó “ministerio instruido” o “apostolado intelectual”. (Así decimos en jerga jesuítica. Y un punto tangencial pero que vale la pena subrayar es que “apostolado intelectual”, que puede resultar un término confuso, se refiere a todos los apostolados y obras jesuitas).

Se requieren todas las virtudes del ejercicio cabal del intelecto: erudición e inteligencia, imaginación y perspicacia, estudios sólidos y análisis rigurosos.<sup>8</sup> Y nunca deja de ser “ministerio” o “apostolado”: al servicio de la fe, de la Iglesia, de la familia humana y del mundo creado, que Dios quiere acercar más y más a su Reino de vida y amor. Siempre es una investigación orientada a marcar una diferencia en la vida de la gente y no una conversación arcana entre miembros de una élite cerrada. Una vez más, estoy seguro de que, si tuviéramos que enumerar todo el trabajo y el debate intelectual que tienen lugar en las universidades jesuitas para enfrentar “los graves problemas contemporáneos” que menciona el Papa Juan Pablo II en *Ex Corde Ecclesiae*: la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional<sup>9</sup>... ¡Si tuviéramos, decía, que enumerar todo lo que se está haciendo, no me alcanzaría el tiempo de que dispongo, y acabaríamos todos desmayándonos!

---

<sup>8</sup> C. G. XXXIV, Decreto 26, n. 20.

<sup>9</sup> *Ex corde, ibid.*

Siguiendo con mi enfoque a lo largo de esta reflexión, quisiera ahora preguntar qué desafíos plantea la globalización al “apostolado intelectual” de la investigación en las universidades jesuitas. Propongo dos.

Primero: un desafío importante hoy en día para el apostolado intelectual de nuestras universidades proviene del hecho de que la globalización ha generado “sociedades del conocimiento” en las cuales el crecimiento del desarrollo de las personas, las culturas y las sociedades depende en grandísima medida del acceso al conocimiento. La globalización ha producido nuevas desigualdades entre quienes disponen del poder que les da el saber y quienes quedan excluidos de sus beneficios, porque no tienen acceso a él. Así pues, tenemos que preguntarnos quién se beneficia del conocimiento producido en nuestras instituciones y quién no lo hace; quién necesita el conocimiento que podemos compartir y cómo podemos compartirlo en forma más eficaz con aquellos para quienes puede realmente marcar una diferencia, especialmente los pobres y los marginados. También tenemos que plantear algunas preguntas específicas a los docentes y alumnos: ¿cómo convertirse en voces de los que no tienen voz, fuente de derechos humanos para aquéllos a quienes se les niegan, recursos para proteger el ambiente, personas de solidaridad para los pobres? Y la lista podría seguir.

En este sentido, el proyecto en marcha llamado *Jesuit Commons*, que mañana discutirán ustedes, es extraordinariamente importante y exigirá un apoyo y un compromiso más firmes de nuestras universidades si es que ha de lograr su ambicioso sueño de promover mayor igualdad en el acceso al conocimiento en aras del desarrollo de las personas y las comunidades.

En segundo lugar, nuestro mundo globalizado ha visto la expansión de dos “ismos” rivales: por un lado, una “cultura mundial”<sup>10</sup> dominante marcada por un laicismo agresivo que pretende que la fe no tiene nada que decir al mundo y sus grandes problemas (y que a menudo proclama que la religión es, en realidad, uno de los grandes problemas del mundo), y por otro lado el resurgimiento de distintos fundamentalismos, con frecuencia reacciones de miedo o ira contra la cultura postmoderna mundial, que rehúyen la complejidad refugiándose en cierta “fe” divorciada de la razón o no regida por ella. Y, como señala el Papa Benedicto, “en el laicismo y en el

---

<sup>10</sup> Cfr. C. G. XXXV, Decreto 3; n. 10, n. 20.

fundamentalismo se pierde la posibilidad de un diálogo fecundo y de una provechosa colaboración entre la razón y la fe religiosa.”<sup>11</sup>

En cambio, la tradición jesuita del ministerio instruido siempre ha combinado un saludable respeto por la razón humana, el pensamiento y la cultura, por un lado, y un profundo compromiso con la fe, el Evangelio y la Iglesia, por el otro. Y ese compromiso incluye la integración de la fe y la justicia en un diálogo entre religiones y culturas. La educación de los primeros jesuitas, por ejemplo, incluía el estudio de los autores paganos de la antigüedad clásica, las artes creativas, la ciencia y las matemáticas, así como una formación teológica rigurosa. Sólo tenemos que considerar la vida y los logros de Matteo Ricci, cuyo CD aniversario mortuorio recordamos este año, para ver cómo esa formación que tan armoniosamente integraba la fe y la razón, el Evangelio y la cultura, produjo tan creativos frutos.

Muchos responderán: “¡por favor, no me compare con Matteo Ricci, que era un genio!” De acuerdo; pero al mismo tiempo esa formación que recibió le proporcionó las herramientas para desarrollar su genio. Así que la cuestión es si la formación que damos actualmente ofrece esas herramientas. ¿Estamos así de integrados? ¿Somos así de abiertos en nuestra educación? En momentos en que el laicismo y el fundamentalismo se extienden por el mundo, creo que nuestras universidades están llamadas a encontrar nuevas vías para renovar creativamente ese compromiso con el diálogo entre la fe y la cultura que siempre ha caracterizado el apostolado intelectual de los jesuitas. Ésa fue la misión que nos confió el Papado en nombre de la Iglesia. En 1983, durante la Congregación General XXXIII, el Papa Juan Pablo II pidió a la Compañía “la profundización en las ciencias sagradas y en general en la cultura, incluso profana, en especial en el terreno literario y científico”. Ése fue también, más recientemente, el llamado del Papa Benedicto XVI a la Compañía de Jesús, sus colaboradores e instituciones, durante la Congregación General XXXV. El Santo Padre confirmó que la misión especial de la Compañía en la Iglesia es estar “en las fronteras”, esas ubicaciones geográficas y espirituales donde otros no llegan o se les dificulta llegar, e identificó como fronteras en particular ahí donde se encuentran “fe y conocimiento humano, fe y ciencia moderna, fe y lucha por la justicia”.

---

<sup>11</sup> *Caritas in Veritate*, n. 56.

Como observa el Papa Benedicto, “no es éste ciertamente un empeño fácil” (Carta, n. 5), sino que exige “valor e inteligencia” y un profundo sentido de estar “arraigados de manera siempre renovada en el corazón de la Iglesia”.<sup>12</sup>

Estoy convencido de que la Iglesia pide a la Compañía este compromiso intelectual porque el mundo necesita hoy en día de tal servicio. La postura irracional del fundamentalismo distorsiona la fe y fomenta la violencia en el mundo, como muchos de ustedes lo saben por experiencia. La descalificación por parte del laicismo bloquea el empeño de la Iglesia de ofrecer al mundo la sabiduría y los recursos de su riquísimo patrimonio teológico, histórico y cultural. ¿Pueden hoy en día las universidades jesuitas mantener la tradición del apostolado intelectual y tender puentes entre el Evangelio y la cultura, la fe y la razón, en bien del mundo y ante sus grandes interrogantes y problemas?

## CONCLUSIÓN

Según la buena tradición jesuita, ¡es hora de la *repetitio*! Hay que recapitular. He tratado de reflexionar con ustedes sobre los desafíos que plantea la globalización a las universidades jesuitas como instituciones de educación, servicio e investigación. Primero, en respuesta a la globalización de la superficialidad, sugiero que necesitamos analizar el mundo cultural que está naciendo, y que es el de nuestros alumnos, y hallar formas creativas para promover la profundidad del pensamiento y la imaginación, una profundidad que sea transformadora de la persona. Segundo, para optimizar el potencial de las nuevas posibilidades de comunicación y cooperación, exhorto a las universidades jesuitas a trabajar por el establecimiento de redes internacionales operativas que enfrenten temas importantes relativos a la fe, la justicia y la ecología que nos desafían en distintos países y continentes. Por último, para combatir la desigualdad en la distribución del conocimiento, los aliento a buscar formas creativas para compartir los frutos del conocimiento con los marginados, y en respuesta a la difusión global del laicismo y el fundamentalismo invito a las universidades jesuitas a un compromiso renovado con la tradición jesuita del apostolado intelectual que media entre la fe y la cultura.

---

<sup>12</sup> GC XXXV, Decreto 1, n. 13.

Desde cierto punto de vista, creo que pueden tomar todo lo que he dicho y mostrar que ya todas esas vías están siendo exploradas o incluso transitadas con éxito en sus universidades. Pero también podemos retomar lo que he expuesto como una especie de invitación al *magis* de Ignacio para configurar un mundo nuevo, apelando a lo que sería como una sintonía fina en las iniciativas existentes, pidiendo hacer mejor o más de lo que ya estamos haciendo o tratando de hacer. Creo que es una forma válida de responder a estos desafíos.

Quisiera, sin embargo, terminar invitándolos por un momento a dar un paso atrás y hacernos una pregunta quizá más fundamental que he estado planteándome a mí mismo y planteando a otros en los últimos dos años: si Ignacio y sus primeros compañeros tuvieran que fundar de nuevo en la actualidad la Compañía de Jesús, ¿aceptarían otra vez encargarse de las universidades como ministerio de la Compañía?

Ya en 1995, la Congregación General XXXIV consideraba que las universidades estaban creciendo en tamaño y complejidad al tiempo que disminuía el número de jesuitas en ellas. En 1995, cuando la Congregación General abordó el número decreciente de jesuitas en las universidades, había alrededor de 22 850 jesuitas en el mundo. Actualmente, en 2010, hay alrededor de 18 250, unos 4 600 menos. No necesito seguir con las estadísticas para mostrar los alcances de este desafío. Soy muy consciente de que en los últimos quince años se ha realizado mucho trabajo, y muy creativo, para fortalecer la identidad católica e ignaciana de nuestras instituciones, para crear estructuras participativas de gobierno y para compartir con nuestros colaboradores nuestro patrimonio, nuestra misión y nuestro liderazgo espiritual. También sé, y me alegra mucho, que nuestros colegas se han convertido en auténticos colaboradores, verdaderos asociados en la misión y el ministerio universitarios de la Compañía. Son logros estupendos de los que nuestras universidades pueden enorgullecerse y que necesitan continuar ante el número aún decreciente de los jesuitas. Creo que tenemos que seguir con esos esfuerzos, incluso redoblarlos, para educar mejor, preparar y conseguir colaboradores laicos para trabajar en las instituciones jesuitas y dirigir las. Puedo decir honradamente que es una de las razones de mi esperanza en el servicio de la Compañía y de la Iglesia. Si los jesuitas estuviéramos solos, veríamos el futuro con pesadumbre. Pero

gracias al profesionalismo, al compromiso y a la profundidad que tenemos en nuestros colaboradores laicos podemos seguir soñando, emprendiendo proyectos nuevos y avanzando juntos. Tenemos que mantener e incluso redoblar estos laudables empeños. Considero que uno de los modos fundamentales, quizás el fundamental, de lidiar con esto es ponernos en el espacio espiritual de Ignacio y sus primeros compañeros y, con su energía, su creatividad y su libertad, plantearnos otra vez la pregunta básica: ¿cuáles son las necesidades de la Iglesia y de nuestro mundo, dónde se nos necesita más, dónde y cómo podemos servir mejor? Estamos juntos en esto: eso es lo que hay que recordar, más que preocuparnos acerca de la supervivencia de los jesuitas. Los invitaría a pensar unos momentos en ustedes mismos no como rectores o directores ejecutivos de grandes instituciones, o administradores o académicos, sino como cofundadores de un nuevo grupo religioso, para discernir el llamamiento de Dios a ustedes como cuerpo apostólico dentro de la Iglesia. En este mundo globalizado, con todas sus luces y sombras, ¿será la mejor forma de responder a la misión de la Iglesia y las necesidades del mundo seguir teniendo (y de qué manera) todas estas universidades? O quizá la pregunta debería ser qué tipo de universidades haríamos, con qué énfasis y qué orientaciones, si estuviéramos refundando la Compañía de Jesús en el mundo de hoy. En todas mis visitas a los jesuitas los estoy invitando a volver a crear la Compañía, porque pienso que cada generación tiene que volver a crear la fe, tiene que volver a crear la trayectoria, tiene que volver a crear las instituciones. No es tan sólo un buen deseo. Si perdemos la capacidad para crear de nuevo, habremos perdido el Espíritu.

En el Evangelio a menudo hallamos “finales sin conclusión”: el final original del Evangelio de San Marcos, con las mujeres sin decir palabra del mensaje del ángel en el Sepulcro; el final de la parábola del hijo pródigo, que acaba con una pregunta sin respuesta del padre al hijo mayor... esos finales ambiguos pueden resultar inquietantes, y precisamente buscan provocar un cuestionamiento y unas respuestas más profundos, más fundamentales. Así pues, puedo echar mano de buenos precedentes para acabar mi intervención en esta forma indefinida. Espero dejarlos reflexionando hasta qué punto los desafíos que he presentado esta mañana tienen que ver con el mejoramiento de nuestras instituciones y la misión y el ministerio

de contribuir a la configuración de un mundo más humano, más justo, con más fe, más sustentable, o si son en cierto sentido llamamientos a fundar de nuevo lo que Ignacio llamó “las universidades de la Compañía”.

México, 23 de abril de 2010

---

### ¿QUÉ LE HACE FALTA A NUESTRO LIDERAZGO?

Uno de los ponentes en la ciudad de México fue Chris Lowney, autor de *Heroic Leadership: Best Practices from a 450-Year-Old Company that Changed the World*. Al calibrar algunos de los desafíos que enfrenta la Compañía, el P. Nicolás contó una anécdota de cuando él y Lowney dieron unas conferencias en Manila. “Después de la estupenda intervención de Lowney sobre lo buenos que somos en materia de liderazgo, un jesuita preguntó si teníamos algo que decir sobre lo que nos hace falta en ese liderazgo. Lowney, con mucha amabilidad, le sacó la vuelta a la pregunta. Pero el jesuita insistía: “dígame qué es lo que hace falta, porque necesitamos saber también eso, no sólo lo bueno”. Lowney respondió: “bueno, ya que pregunta, lo que a veces hace falta en el liderazgo jesuita son dos cosas: una es el sentido de urgencia. Y la segunda es la capacidad y la disponibilidad para ser evaluados y medir dichas evaluaciones”.

“La confirmación de esto”, dice el P. Nicolás, “es que recibo muchas propuestas de proyectos en Roma y muy rara vez vienen con un presupuesto. Los jesuitas son muy buenos para pensar. Quieren hacer cosas. Son muy generosos. Pero el desafío está en ser realistas y ser capaces de dar seguimiento a nuestro trabajo con alguna forma de evaluación, lo cual no quiere decir una medición mecánica. Siempre son los frutos humanos, o a veces espirituales, los que tenemos que calibrar”.

“También tenemos que evaluar si nuestros alumnos están siendo transformados. ¿Cómo se desempeñan después? No sólo hay que saber si siguen elogiando las obras de los jesuitas, sino si colaboran cuando luchamos por la fe y la justicia, si colaboran cuando algunos de los temas en los que estamos involucrados nos acarrearán conflictos con los gobiernos, cuando esto puede repercutir en alguna pérdida de beneficios en sus empresas...”

